EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM. 13563

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24
MARTES 5 DE FEBRERO DE 1907

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: *Mr. A. Lorette*, 14, rue Rougemont; *Mr. J. Jones*, 31, Faubourg-Montmartre.

DEL DIA

Los partidos políticos y el país

En el momento en que escribimos, estas líneas estarán pronunciando discursos políticos dos exministros conservadores de brillante historia, y habrá tenido lugar lugar, presidida por un yerno de un ministro, una imponente manifestación liberal... en Inglaterra.

He aquí un hermoso espectáculo que pocas veces hemos presenciado en nuestro país, donde hasta un director general, por no decir un ministro de entrada, se consideraría desairado si se le propusiese hablar en un mitin ó presidir en la calle una manifestación pública. Esto se deja para los republicanos y socialistas; y no obstante, ¡cuán necesario sería que de vez en cuando nuestros hombres públicos descendiesen de las alturas y penetrasen en la realidad!

En España, como en Inglaterra, dos partidos se disputan principalmente el Poder: el de la derecha y el de la izquierda, el conservador y el liberal ¡Qué diferencia, no obstante, entre los partidos de otro y otro país! Allí se vive en contacto con la opinión; hombres que han sido ministros varias veces reunen á sus electores y rectifican constantemente las soluciones que para cada caso concreto han estudiado. Cuando estos hombres llegan al Poder, no hay problema que pueda sorprenderles, porque viven al día.

Nuestros prohombres viven solitarios, como si temiesen el contacto de las multitudes; los mejores, que son los menos, estudian los problemas en el libro, en el libro español por añadidura, poco documentado, idealista, en que las cuestiones se plantean desdibujadas y se resuelven con cuatro soluciones vagas, incorrectas y casi siempre inaplicables. Y así, entre nosotros, la más pequeña cuestión encuentra á nuestros hombres de gobierno absolutamente desprevenidos, puesto que no se dan en la realidad como en el libro; el más pequeño rozamiento degenera en conflicto de orden público, al que se pone fin, ó de una manera violenta, ó con mengua del principio de autoridad.

El pueblo no conoce á los que han de gobernarle, ni éstos al pueblo más que por el tamiz de los grandes caciques, soberanos indiscutibles de unos y otros. Un partido llega al Poder, y apenas tiene tiempo para colocar á los amigos cuando debe cederlo á otro grupo, porque, no teniendo nada preparado, carece de ideas viables, única trabazón de un partido.

Al divorcio entre gobernantes y gobernados no hay que oponer más que el esfuerzo de los primeros para atraerse la confianza de los segundos. Y en nuestro país, donde todo está por hacer, ¿qué más quisiera la opinión que verse comprendida en sus deseos y dirigida en su voluntad?

Conservadores y liberales han padecido el error enorme de vivir fuera de la realidad. Para volver á ella, no son las antesalas de Palacio, ni las tertulias de los primates, ni las Academias, el camino indicado; hay otro más vasto, la plaza pública.

HISTORIA DEL CONDADO DE TOLSTOI

A los admiradores de la sencillez del Conde de Tolstoi les gustará conocer la historia del fundador de su familia, contemporáneo de Pedro el Grande y guardia de una de las puertas interiores del palacio de este Emperador.

Un día que, fiel al cumplimiento de su deber, se hallaba firme en su puesto, aproximóse á él un noble diciendo que deseaba pasar. El guardia le contestó que era imposible, pues el Emperador había dado orden de que nadie pasase á verlo aquella tarde.

—Pero yo soy Príncipe—dijo el noble.

—Sin embargo—replicó el soldado no podéis entrar.

Para un noble ruso, semejante contestación en boca de un plebeyo no puede tolerarse, y el Príncipe cruzó la cara del guardia con su látigo.

—Perdadme, alteza,—gimió el otro—pero no por eso os permitiré el paso

El Emperador, que desde su habitación oía voces y ruído, salió á ver qué era ello, refiriéndoselo el noble con mal gesto. Pero el Grande escuchó en silencio; luego, volviéndose al guardia, le dijo:

—Tolstoi, habéis sido maltratado por este caballero por obedecer mis órdenes; ahora tomad mi bastón y dadle un palo en la espalda.

—Mire vuestra Majestad—exclamó el noble—que este hombre es un simple soldado.

—Os equivocáis; yo lo hago capitán—dijo el Emperador.

—Pero yo soy oficial de vuestra corte.

—Y yo lo nombro á él coronel de mi guardia imperial.

—Mi categoría, como vuestra majestad no ignora, es la de general.

—Entonces le haremos general, y así seréis apaleado por un igual.

El noble recibió el castigo filosóficamente, y el joven soldado recibió al día siguiente el nombramiento de general y el título de conde.

CRÓNICA

CARTAGENA DE NOCHE

Para Angel Rivo Bayona, mi fraternal amigo.

Lentamente, isocronamente suenan en el reloj de la Sociedad Económica, doce campanadas. Es ya la media noche, y gran parte de la ciudad se encuentra entregada al reposo. Los cafés continúan abiertos y sus mesas se hallan ocupadas por impenitentes nocheriegos que, entre sorbo y sorbo de alguna bebida, hablan, gesticulan y ríen con alborozo: «matan el tiempo, ocupación genuinamente española desde la época en que reinaron los Felipes.—¡Oh, inolvidable rey—poeta, enamorado y truhanesco, burlador de doncellas y acuchillador de taimados alguaciles, cómo perdura los hábitos y costumbres de tus gloriosos contemporáneos!

Con dirección al muelle, pasan por la calle Mayor, varios marineros ingleses. En los torpes movimientos de sus piernas, cortas y curvadas, se conoce que han estado largas horas coronándose de pámpanos. Van ebrios y en su inconsciencia alcohólica, cantan destempladamente:

«Because you is e very
good felow...»

—¡Buena la han zogido!—nos dice con campechana familiaridad un guardia nocturno, de atlética complexión y luengas barbas.

—Sí, buena es,—le replicamos sonriente. Y sintiéndonos chuscos, añadimos:—De esas *merluzas* entran muy pocas en libra.

El ruido de los pasos de aquellos sansones va amortiguándose poco á poco, así como sus desentonados gritos de:

«Because you is a very
good felow...»

hasta que la calle recobra por completo su habitual tranquilidad y silencio que invita al descanso.

***

Una tartana, al trote largo del caballo á ella uncido, cruza la Puerta de Murcia con dirección al barrio del Carmen, quizás á las afueras...

En contra de lo prevenido por las ordenanzas municipales, lleva el vehículo apagados sus faroles. El conductor, sentado en la vara, incita al jamelgo con la voz y el látigo, á correr, á correr... Los pocos transeuntes que por la calle hay, se paran sorprendidos y curiosos, y, es seguro, piensan—¿no lo desdoran con sarcástica y maliciosa sonrisa?—en la huída de alguna enamorada pareja. La carrera impetuosa; el misterio de las echadas cortinillas y de sus apagados faroles, ¿no lo dicen de evidente modo? ¿A qué exponerse á un vuelco, si no huyen? ¿A qué rescatarse de las miradas indiscretas?...

Y la escapatoria de unos novios se da por hecha, y si la suerte nos depara un amigo, con él comentamos el vulgar suceso, dándonos á pensar en quiénes puedan ser aquellos amantes que creen—¡ilusos!—caminan aceleradamente hacia la soñada inacabable felicidad...

—¡Nos querremos toda nuestra vida!—se dirán y jurarán, temblando de emoción, los enamorados, en casos semejantes.

¡Toda la vida!... Hoy, mañana, pasado, un mes, y otro mes, un año y otro, y otro... ¡toda la vida!... ¡Oh, qué loca presunción en bocas humanas!...

***

La calle Honda. El cinematógrafo de los hermanos García,—dos simpáticos empresarios de Varietés muy favorecidos de la Fortuna,—tiene cerradas sus puertas. La última sección, aquella en que una *divette*, canta sus *couplets* más picarescos y danza, con mayor voluptuosidad, hace rato que terminó; pero, un pillete que rastrea el suelo buscando puntas de cigarros, silba la música de las canciones y los bailes de la popular cupletista.

Yo tengo un novio corneta
que me adora con pasión,
y es el militar más pillo
de toda la guarnición.

Silba el pilluelo con tanta habilidad, que parece frasea la copla. Sin malicia evocamos el recuerdo de algunas tiples del género chico, ganando un sueldo diario de diez, doce ó catorce duros, y á las que, cuando cantan, nos se las entienden tan claramente.

Pocos pasos, más adelante, llega á nuestros oídos, rasgueo de guitarras, jalear gitano y cante *jondo*. La fiesta es en el inmundo barrio de las pecadoras.

Una voz enronquecida, canta:

Por la calle arriba,
por la calle abajo,
la vi anoche luciendo ese cuerpo
¡que yo quise tanto!

El cantar es un poema de intensa amargura: iras no manifestadas, celos devorantes, sollozos reprimidos, y, tras la explosición del dolor, el lamento reinado. Cantado por un artista hubiese hecho llorar á los oyentes. La majestad del sufrir hondo, se hubiera impuesto subyugadora, dominante. Mas aquella voz desgarrada, bestial, oscura, sin matices, no podía emocionar á nadie.

Unos señoritos pasan. ¡Lástima de juventud! Al encontrarse con el sereno, lo saludan como á antiguo conocido:

—¡Adiós, Roque!

Este, filosóficamente, responde: Id, con Dios, buenas piezas. Y apoyado contra un quicio, lía lentamente, pausadamente, un cigarrillo de papel que enciende luego con la luz de su linterna.

***

El silencio es profundo; la oscuridad completa; apenas se encuentra alma viviente por la calle.

Al embocar una, fuerte hediondez hiere nuestro olfato, y como repelido por oculta fuerza damos con precipitación varios pasos para atrás. Retrocedemos, sí, contrariados, violentos, dedicando al Municipio iracundos epítetos por tener á la ciudad—¡oh, sagrados manes de todos los higienistas que en el mundo han sido!—sin el alcantarillado que la salud pública ha tiempo está reclamando.

¡Es bien triste y se presta á dolorosos comentarios la visión de Cartagena á altas horas de la noche!

Paco, el excelente guardián nocturno de mi calle, al abrirme la puerta, me dice:—Conque ya tenemos Alcalde, ¿eh?

¡Alcalde! Pero, ¿se gasta *eso* en Cartagena?

José M.ª Marabotto.

POETAS MODERNOS

Hombres y fieras

Por Ricardo J. Catarineu.

Así me dijo el domador un día
(y si ello no es verdad, no es culpa mía):
—De Africa, entre los vastos arenales,
hallé un oasis lleno de bardales,
donde una gruta, en sombra generosa,
contra el rigor del sol defensa ofrece,
y, por lo perfumada y misteriosa,
á todo el que la pisa le parece
el camarín de una mujer hermosa;
el musgo viste á la pared de gala
y á la esmeralda en el color iguala;
y bajo los ramajes,
bordados en el techo como encajes,
en el centro del muro hay una fuente
de agua tan transparente
como el cristal bruñido
y que al caer le imita en el sonido.
Como la gruta vi tan bien dispuesta
para gozar allí paz absoluta,
fuí muchas veces á dormir la siesta;
pero una tarde, cuando entré en la gruta,
hallé en ella tendidos
una leona y un león heridos,
y en cuanto con el agua de la fuente
lavé sus llagas cuidadosamente,
miráronme los dos agradecidos;
y así, desde aquel día,
vivimos en amable compañía.
Pero como el león y la leona
se hallaban entregados
al amor, que con flores aprisiona,
yo hice el número tres, y en mis cuidados
pensé que, sin disputa,
lo más cómodo era
buscar una mujer que me quisiera,
encontrarla y llevármela á la gruta.
Cuando el león y la leona vieron
á la mujer, al punto encarnizados,
destrozarla en sus garras pretendieron,
pero al hablarles los dejó humillados,
pues como la experiencia justifica,
«la música á las fieras domestica».
Las dos parejas, en pasión rivales,
cantábamos á coro los ardientes
himnos de los placeres terrenales;
pues al cabo el amor nos hizo iguales,
si la Naturaleza diferentes.
Y en mis brazos la hermosa
soñando idilios de color de rosa,
tan feliz parecía,
que fuí dichoso viéndola dichosa,
y á veces mis delirios compartía,
ó á veces nos quedábamos mirando,
abstraídos en vagos pensamientos,
á las fieras que estaban disfrutando
la verdad de un amor sin juramentos.
Como era natural, fué la primera

palabra de cuanto me hablaba, y dejó por un instante que corriera su fantasía, seguro de que no tenía entonces la menor idea de lo que Cavor estaba meditando. Pero después que tomamos el té me hizo algunas aclaraciones.

—Mire usted—me dijo—. La cosa es esta La última vez que he preparado esa materia que substrae los objetos á la acción de la gravitación, la fundí en un recipiente plano, de muy poco fondo y provisto de una sencilla tapadera. Así que el enfriamiento vino, y la cavorita adquirió su opacidad para la gravitación, ocurrió todo aquel desastre Todo lo que se hallaba en sentido vertical sobre la substancia, no se alzó. La columna de aire sobre la hoja de cavorita ascendió á las alturas, la atmósfera ambiente se precipitó á ocupar el espacio vacío y se elevó, también, y lo mismo aconteció con los objetos próximos y todo cuanto pudo moverse arrastrado por la acción que allí se verificaba. Si la plancha de cavorita no se hubiera elevado también, no sabemos hasta dónde hubieran llegado las cosas. Pero suponga usted que la substancia era flotante y completamente libre para elevarse, ¿qué sucederá entonces?

—Pues que ella se elevaría en seguida.

—Exactamente, sin más trastorno que si se disparara un cañonazo.

—Pero usted, ¿qué sería eso?

s tvan mis relaciones con Mr. Cavor y seguiría la aventura hasta el final.

Pero el aspecto de las cosas había cambiado muy notablemente. No pude dudar un momento de las extraordinarias aplicaciones que podría darse á la cavorita; mas, esperaba á experimentar algunos temores por lo que se refería á esa nave para el transporte de la artillería y para la construcción de botas privilegiadas con las cuales se podría andar sin fatigarse.

En dos días nos quedamos perfectamente convencidos; la gente creyó que el desastre había sido obra de los elementos; nadie nos molestó, y muchos nos compadecieron.

Pusimonos inmediatamente á la obra de reconstruir su laboratorio y de continuar nuestros experimentos.

Las explicaciones de Cavor habían sido entonces más claras, ó por lo menos más al alcance de mi inteligencia, sobre todo cuando se trató la cuestión de cómo habíamos de fabricar nuevamente la cavorita.

—Porque, naturalmente, es necesario que la fabriquemos—me dijo con una alegría y animosidad que yo no creía encontrar en él—. Es necesario que la fabriquemos; pero, en adelante, reduciremos á su más mínima expresión la parte teórica, y evitaremos, si es posible, perjuicios á nuestro po-